

Violeta Gonzales Blanco, *Habitar el rojo*. Lima, Gafas Moradas, 2022, 50 pp.

El color rojo representa la sangre, la lucha, la energía vital, el calor del sol. Un color marcial que incita a la acción y la reacción, vinculado al planeta Marte ¿Cómo sería, entonces, *habitar* el rojo? La presentación nos da una clave: «hace generaciones que vamos conquistando batallas históricas, civiles y laborales (...) nuestro sentido identitario es un deber y una recompensa (...). Esto nos invita a escribir (...)».

Dividido en cuatro partes — «Transformaciones», «Instintos», «Sospecho» y «Variaciones de poetas peruanas» —, el poemario de Violeta Gonzales Blanco es un viaje hacia el propio reconocimiento. El viaje empieza por el final, la transformación: «Cuántas hojas secas han caído/cuántas lágrimas han secado/para habitar el rojo» («Habitar el rojo»). La autora convoca a los cuatro elementos que completan la vida. En el poema «Magas en elementos» reclama para el sexo femenino la capacidad alquímica de regenerar y de transformar. Hay desolación en algunos poemas (incluso el recuerdo coyuntural de la pandemia), pero incluso en estos subyace la lucha. En el poema «Habitar el rojo» se ejecuta la síntesis perfecta de los elementos: «Colmada en tus elementos/te nutres de agua/te avivas de sol/en tierra húmeda o árida/danzas con el viento». La unión de los elementos se resuelve a través de la poesía: «Cuando el lenguaje se amolda/ (...)/logro el sosiego» («Luna») En el primer poema del libro, la escritura ocupa el lugar central: «Son mis manos aferradas a las letras/o son las letras tomando mis manos/sin soltarlas» («Pluma»). En el siguiente poema, «Cordones», explica que la escritura podría conducirla al «deseo evaporado de pertenecerme» («Pluma»). También se menciona la idea de un vínculo, un cordón umbilical «huérfano ya sin núcleo», que se relaciona con el «hilo que se fortalece/a través de mis emociones» del poema «Pluma». La transformación puede tener como escenario la página en blanco, y como instrumento la pluma o la escritura, pero el objeto final es pertenecerse a sí mismo, individualizarse —la *individuación* jungiana, no exenta de iluminación— como requisito para poder acometer la empresa posterior de identificarse con un sexo, una generación, a un país. Eso se logrará en la sección final, «Variaciones de poetas peruanas», con poemas destinados a rendir homenaje a poetas como Magda Portal, María Emilia Cornejo o Victoria Santa Cruz.

La segunda parte va hacia el instinto. Eros y Tánatos son los protagonistas de esta sección, breve y compleja al mismo tiempo. La identificación

con Virginia Woolf («Abrasada en tu abrigo/pueblo tus letras» dice en el poema «Huir las piedras») es tremenda. Nótese que no es el abrazo, sino las brasas, el fuego, lo que la une a la autora inglesa, pues la palabra «abrasar» implica al mismo tiempo brazo y brasa. También en ese poema se reitera la unión de los cuatro elementos: «Soy hija de la tierra/hermana del fuego/amiga del aire y/nieta de Virginia/ que es aire» aunque esta vez la alquimia no va hacia la identificación sino hacia el ocaso: «En el cansancio de los meses me permito ojear/tu promesa: quietud» («Tánatos»). A diferencia de la primera sección, aquí la escritura no es resultado de un movimiento integrador, sino de una explosión: «escribir juntar mis trozos» («Circunvecina»). Lo «circunvecino» es un lugar que se halla próximo o alrededor de otro. Lo que rodea la vida es la muerte. Si el rojo era en la anterior sección la energía de la transformación, acá es el fuego desatado, el instinto de auto destrucción o la presencia absoluta de la muerte. Hay temor al fin de la vida: «Voy respirando con dificultad/sentimientos sólidos de negación ante la muerte» («Eros y Tánatos»). Eros comparte la vida con Tánatos, sabiendo que el final está decidido: «Ojalá muera un otoño...» («Eros y Tánatos»). La elección del otoño no es gratuita. El crepúsculo y lo otoñal tienen una amplia bibliografía en la literatura peruana. José María Eguren llamaba «la tarda» a la muerte. Morir en el crepúsculo, perderse cuando aún hay vida, parece un destino más amable que transitar por el duro e inapelable invierno. Esa idea es central en el que considero el mejor poema del libro, el cual abre la sección «Instintos», titulado «Adosada», donde simplifica la ley de la vida en los versos: «Inhalamos vida/Exhalamos muerte». La muerte «nos ronda nos acecha nos espera». Acá el espacio se estrecha más. Ya no circunda, ahora la muerte está *adosada* a la vida, apenas una pared lateral separa a una de otra. Al final de «Adosada» se menciona a tres dioses griegos: Tánatos, la pulsión de muerte; Keres, la muerte súbita; Hypnos, el sueño que es la muerte cotidiana, el ensayo, la muerte temporal. La tres operan en nuestra vida, hay mucha sabiduría en ese poema.

El tercer movimiento, titulado «Sospecho», es quizá el más doloroso. En este el recuerdo del dolor toma la posta: «Revivo dolores abundantes/ellos trajinan escoltados/Cargados de depresión/me colman de grietas» («Columbella»). La poeta que antes fue capaz de ver la alquimia transformadora de la escritura o de poetizar el instinto tanático, ahora se entrega al dolor sin razonarlo, sufriendo simplemente. Títulos como «Sobrepasa» o «Encendida» son manifiesta prueba del dolor latente: «Llegan imágenes trastocadas en dolor/son recuerdos que arden y cortan el pecho». El título de la sección incluso es un pedido de auxilio: empieza con SOSPECHO y las letras van desapareciendo hasta quedar en SOS. En el poema «Sobrepasa» el miedo se hace tangible: «Te toca, desesperas/llena de miedo, callas». La violencia que describe la une a historia de millones de mujeres violentadas y sin capacidad de pedir ayuda: «Un elogio al miedo como oficio/invisible» («En el fondo»).

Habitar el rojo (Iván Thays)

La sororidad es notoria en el uso del plural: «Habitamos el cuerpo/Sostenemos el alma» («Aura») y al final, en el poema «Miedos» (escrito así) anuncia algo que tiene categoría y fuerza de lema: «He sobrevivido al miedo».

Habitar el rojo de Violeta Gonzales Blanco es un poemario inteligente, de imágenes poderosas, que cumple la promesa del título: se vive desde el dolor o la muerte, pero también desde la militancia de la escritura y la vida.

Iván Thays